

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *Del padre*, por D. Leandro Añ. Her-
rero.—*Desvario*, poesía, por D. Baltasar Martínez Duran.—*La*
conquista de Granada, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—
A unos pensamientos, poesía, por D. Pedro María Barrera.—
Mariguilla la idiota (continuación), novela, por doña Rogelia
Leon.—Revista de modas: *Correo de señoritas*, por doña Joa-
quina de Carnicero.—Explicación del figurín.—Variedades.
Pliego diez y seis, de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela ori-
ginal de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

DEL PADRE.

(Conclusion.)

Llegamos á la gran cuestion: la autoridad.

No nos detendremos á definir esta cosa santa, tan hermosa y tan escarnecida: vamos á concretarnos lo posible á individualizar esta teoría, aplicándola á la familia.

Hay dos extremos lamentables: uno antiguo y otro

moderno; uno que proclama una autoridad rígida y cruel, despojada de toda clemencia: otro que apela al arte maestro de raciocinar para proclamar la abolicion de la autoridad. El primero fué ley de los tiempos bárbaros, con ligeras modificaciones en la edad de hierro del feudalismo: el segundo es el principio salvador de nuestras modernas filosofías.

La autoridad degradada por el exceso, es el crimen solicitando sancion; pero la negacion de la autoridad es el crimen humanizado, llamado á conmovir los cimientos del mundo; ese bello monstruo cuyo diseño nos traza la mano hermosa del pensador moderno, y que á manera de esos ídolos indios representados por el jaguar ó el cocodrilo, tiene la boca abierta para devorar al insensato que le adora.

Una diferencia notable existe entre estos dos extremos: la autoridad bárbara se envilece á sí misma, al paso que la autoridad abolida tiene el lúgubre privilegio de envilecer á todos los pueblos, á todos los hombres. Pintadme sus encantos, y me persuadiré de que sabéis describir soberanamente la figura de Luzbel sobre un lienzo infernal. Y adviértase otra circunstancia que admira igualmente: entre el padre

de los tiempos históricos que tiene la facultad suprema de vender á su hijo por esclavo, ó de inmolarle en un acceso de ferocidad, y el padre moderno que le sacrifica su autoridad, que le deja impávido sumirse en los antros del vicio, no hay más diferencia sino que el primero forma un mártir de aquel sér aborrecido, y el segundo un malvado de este sér á quien idolatra.

¡Ah! lleguemos á la verdad, descubramos de una vez la incógnita.—¿Qué pretendemos con apelar al silogismo para discutir la autoridad?

Entendámonos para siempre. La posesion de un cabo del progreso, una conquista científica, un descubrimiento útil, un paso en la perfeccion indefinida, y al momento á gritar:—«Somos omniscientes: en mí la ciencia eterna; en mí un Dios con todos sus atributos; en mi razon el secreto de toda autoridad: dominaré las leyes que rigen los orbes; trasformaré la naturaleza; crearé de nuevo: dadme un punto, y os volteo la tierra; dadme una fuerza, y creo una gravitacion universal más conveniente.....» Hé aquí la lógica de este átomo de polvo organizado, que se remonta á las nubes y cae despedazado entre las rocas: hé aquí el arte de fascinar, que lo mismo hace triunfar una verdad que un absurdo: hé aquí el secreto de la alucinacion general que nos pide el sacrificio de nuestras creencias, de nuestras convicciones.

Así se principia: y adviértase que negando la autoridad de Dios se hace preciso negar la de la tierra, porque al fin es su imágen, y no es justo que subsista arrebatando el original: verdad evidente que viene causando entre nosotros un estrago sordo, y que nos empuja al derrumbadero, tanto más, cuanto se ataque al órgano más delicado, que es la familia, única base del edificio social que no puede caer sin arrancarlo y despedazarlo.

Para complejar la muerte de la autoridad faltaba que la filosofía empleará sus tropos, sus imágenes de efecto contra la autoridad del jefe del hogar doméstico, y hé aquí que se trató de desprestigiarla, de acometerla, de señalarla derechos y límites capciosos, apelando, como de costumbre, á falsos sentimientos humanitarios, que lo mismo pueden hacer triunfar el pro que el contra.

Quisiéramos de corazon que toda imágen de la autoridad en la tierra fuera una copia de la autoridad doméstica, que á su vez lo es de la de Dios: la autoridad paternal es el tipo grandioso realizado en el mundo cristiano por inspiracion divina, para que

á su semejanza se formen las demás figuras que ejercen iguales funciones en un campo más estenso.

Así, puede asegurarse, sin vacilar, que la autoridad del padre se aproxima tanto á Dios, está tan conforme con el plan de la Providencia, que no solo es acá en la tierra el santo modelo que debe copiar el legislador, sino que sin su influencia soberana la familia no tendria certidumbre alguna de su destino; la sociedad seria el caos.

Vengamos á los extremos: desde el Evangelio, el poder paterno es nuestro amigo, y se inspira de clemencia para corregir nuestros extravíos. ¿Pudiera realizarse otra fórmula más sublime de la autoridad?

En efecto: esta autoridad es sacrosanta; todo lo concilia, y casi viene á ser una segunda providencia humana, porque no existe sino para hacer el bien; para ella no hay mas que séres queridos á quienes gobernar sin responsabilidad de lágrimas: evita la barbarie del padre pagano que arrebató al verdugo su papel siniestro: omite la tiranía del feudalismo, que solo tiene miradas para los primogénitos: concluye con la clasificación de hijos primeros y segundos, pues todos son ramas de un mismo tronco, á las cuales hay que fecundar con savia de amor, en lugar de esterilizarlas con una crueldad desapiadada.

El secreto de la grandeza de la autoridad estriba en el amor, en la misericordia, y tanto más se aproxima á la de Dios, cuanto más se enriquece de estos dones que realizan seguramente la perfeccion de todas las cosas; porque la autoridad no consiste en un estéril alarde de mando; seria mezquina hasta el esceso: consiste en el aprovechamiento de su influjo soberano para hacer todo género de beneficios: con misericordia, con amor, es una virtud: sin estos dones, es un azote feroz.

Preséntanse como ejemplos los abusos de la autoridad en todos tiempos. ¿Qué prueba una escepcion? Antes los padres abusaban de ella para violentar á sus hijos en la eleccion de estado: casaban á las mujeres por un mandato inflexible, y disponian de la profesion del hombre por otro mandato; pero esto ¿qué prueba contra la autoridad?—Que la marcha de los tiempos ha podido degradarla ó ennoblecerla.—¿Dejará de ser por eso un principio altamente benéfico y civilizador, sin el que no es posible la organizacion perfecta del Estado?

Desengañémonos: la autoridad en todos sus órdenes es una necesidad social imprescindible, sin la que no hay garantías de seguridad, sin la que los

códigos pierden su eficacia. Los pueblos, arrastrados por un vértigo, han podido tronar contra la autoridad en un día de revolución; pero si han conseguido derribar un déspota, en cambio han elevado en paveses á otros muchos que los han devorado.

La autoridad paternal ha de ser suavizada por el amor, en el cual se ha de inspirar para contribuir al bien de la familia, que es su objeto; y nunca tendrá que arrepentirse ni que sufrir los remordimientos que ocasionan las demasías: de esto á revolcar por el cieno su dignidad, hay mucha diferencia; pedimos la virtud y no el esceso: la rigidez dura y desapiadada, la austeridad brusca y severa no son siempre modelos de virtud, porque esta excelencia humana es mayor cuanto más afable se muestra, más sencilla, más modesta, más inspirada de amor y caridad: no necesita esquivar el trato de gentes para cumplir sus preceptos: al contrario, se distingue en el mundo por su valentía, por sus beneficios y da gloria en la tierra al corazón que sabe sentir sus bellezas, sin degenerar en un ente mezquino codicioso de un vil aplauso.

La autoridad paternal ha de ser un dulce preservativo, que, abriéndose paso hasta el alma por medio de la ternura, sepa cicatrizar sus heridas. Alejándose de las fórmulas de la barbarie y de los excesos de la fuerza, sabrá conservar en el hogar un bello prestigio, que será como el generador fecundo de todas las armonías.

A evitar los extremos debe encaminarse la ciencia del buen padre: debemos adorarle; pero por lo mismo ha de saber mantener incólume siempre el carácter divino de su autoridad. El Decálogo entraña en su corazón, y puede también inspirarle; del padre tiene que tomar ejemplo el legislador y el sacerdote, tipos sublimes de la autoridad humana; y si quiere ostentar las magnificencias de su poder, sin que la conciencia le acuse nunca; si quiere que el hogar se engrandezca por las perfecciones indefinidas, aprenda á rodear de virtudes su autoridad, y entonces realizará milagros. Como ame á sus hijos, se hará también amar y respetar; porque el respeto no es el temor del esclavo que teme el látigo; es el amor del ángel que sabe agradecer.

El padre que ejerce su autoridad inspirada en el amor, es la Providencia que nunca se cansa de repartir beneficios.

LEANDRO A. HERRERO.

DESVARIO.

Hija del cielo, flor de las flores,
Casta azucena, virgen de amor,
Astro divino, luz sin colores,
Pálida estrella sin resplandores,
Rayo de sol.

Eco lejano de mi ventura,
Brillante aurora de mi ilusión,
De mis recuerdos memoria pura:
Dulce esperanza, tiniebla oscura,
Que envuelve á Dios.

Radiante lumbre que arde en mi frente,
Sombra de un ángel que nunca hallé;
Fiebre ensueño, mágico ambiente,
Aliento suave que blandamente
Besa mi sien.

Leve sonrisa que mece el viento,
Sordo murmullo del huracán,
Cándida historia del sentimiento,
Loca quimera del pensamiento,
Gloria ideal.

Vago misterio del alma inquieta,
Lágrima trise de una mujer;
Sobre las nubes raudo cometa,
Cántico débil que alza el poeta
Sobre el no ser.

Ave parlara que canta y llora,
Hada que el bardo durmiendo vió,
Suspiro errante, planta incolora,
Dulce armonía, musa que adora
Mi corazón.

¿Por qué en el mundo ciego batallo,
Y tu hermosura no he de encontrar?
Si aquí en la tierra nunca te hallo,
Flor que vacilas sobre tu tallo,
Dí, ¿dónde estás?

Más no respondas: sigo tu ejemplo;
Brisa que bajas mi fé á bañar,
Ya no te busco, ya te contemplo,
Que es de tu imagen mi vida el templo,
Mi alma el altar.

BALTASAR MARTINEZ DURAN.

LA CONQUISTA DE GRANADA.

Granada, la ciudad de las trescientas torres, la favorita del Profeta, que recostada sobre alkatifas de eternal verdura, se cobija bajo el dosel de plata que le forma la nevada sierra, la gentil Granada ha visto aparecer ante sus muros el formidable ejército cristiano, ávido de triunfos y glorias.

Era el segundo día de la luna de Enero.

Al asomar el sol en el horizonte, tres leves columnas de humo se elevaron del Palacio Rojo (La Alhambra), escuchándose luego tres detonaciones que retumbaron por la Vega.

Era que el cañon anunciaba al nuevo día, que Granada, despues de una lucha formidable, se desceñia el turbante y humillaba la Media Luna ante las sangrientas barras de Aragon y los leones de Castilla.

Dada la señal, el ejército cristiano avanzó por los llanos de Armilla, y llegó á las puertas de la rendida poblacion.

El Cardenal D. Pedro Gonzalez y Mendoza, escoltado por tres mil infantes y algunos caballos, y asistido por el comendador D. Gutierrez de Cárdenas, con otros prelados y deudos, atravesó el Genil y se dirigió á la Alhambra.

Los cristianos quedaron en tanto acampados y con los ojos fijos en la real morada, esperando con ánsia el desenlace de tan magnífico drama.

Mientras tenia lugar esta escena, una pequeña y lucida comitiva salia por la puerta de *Los Siete suelos* en direccion al campo de los españoles; en un hermoso caballo, más blanco que la espuma con que tascaba el freno, y adornado con ricos paramentos de terciopelo, bordados de perlas y oro, caminaba el triste Boabdil, seguido de unos cuantos nobles moros y una corta guardia de esclavos negros. La palidez de su semblante resaltaba notablemente sobre el verde caftan que le envolvía, y en su frente, ceñida con un blanco turbante, se pintaba el dolor con sus colores más vivos y verdaderos.

Así que el desdichado monarca se vió ante Fernando el Católico, descabalgó de su alazan, y tomando las llaves de la ciudad que un moro le presentó en una bandeja de oro, se adelantó con paso trémulo hácia el Rey cristiano, y con voz balbuciente pero clara: «Tuyos somos—dijo—Rey poderoso y ensalzado; estas son las llaves de ese paraíso celestial; recíbelas, pues, ¡tal es la voluntad de Alá!»

D. Fernando tomó las llaves que Boabdil le presentaba, y con acento dulce y cariñoso: «No dudes de nuestras promesas—le respondió—ni te falte ánimo en la adversidad;» terminadas cuyas palabras le abrazó con efusion.

Concluida esta ceremonia, en medio del silencio más solemne, el moro se dirigió al Conde de Tendilla, nombrado gobernador de la recién conquistada ciudad, y entregándole una magnífica sortija: «Tomad—le dijo—con este sello he gobernado á Granada; Dios os haga en ella más venturoso que á mí.»

Un nuevo cañonazo vino á interrumpir el coloquio; todos los ojos se fijaron en la Alhambra; un grito de júbilo resonó por el espacio; el pendon de la Cruz acababa de izarse sobre la torre de la Vela; la Cruz que en las rocas de Úrue! y Covadonga habian tremolado Jimenez y Pelayo, esas dos figuras colosales que se nos presentan como la portada de un drama de siete siglos.

Una lágrima brotó de los negros ojos de Boabdil, y fué á perderse en su barba rubia y rizada; seguido de los suyos, y llevando la muerte en el corazon, alejóse en silencio; á poco trecho se encontró con la reina doña Isabel, que rodeada de damas, y escoltada por sus caballeros, se adelantaba al encuentro de su ilustre esposo: las palabras de consuelo que brotaron de los lábios de la soberana de Castilla, no lograron mitigar el dolor del hijo de Muley, que continuó al punto su camino.

Uno de los ginetes que le acompañaban anunció á Boabdil que su madre se aproximaba: en efecto; por una estraviada senda se veía caminar á buen paso y sobre una hacanea, más negra que el azabache, á la Sultana viuda, seguida de algunas damas y caballeros. Cuando las dos comitivas se encontraron, no se escuchó una sola palabra; los ojos de Aixa arrojaban fuego sobre el destronado jóven, que ni aun se atrevia á mirar á su madre.

De esta suerte anduvieron buen trecho sin oirse otro ruido que el galopar de los caballos, y los suspiros que de vez en cuando se escapaban de los labios del último Rey granadino.

Sin embargo, al trasponer una colina, Boabdil detuvo su corcel, y todos le imitaron; aquel era el sitio desde donde por última vez se divisaba la ciudad. El sol daba entonces de lleno sobre Granada, haciendo relumbrar los capiteles de sus minaretes como si fuesen de diamante, y tiñendo de oro y carmesí las crestas de Sierra-Nevada: Boabdil sintió

oprimirse el corazón al contemplar tanta belleza; Granada aparecía á su vista más hermosa que nunca; hallaba sus campos más verdes, más pintorescas aquellas alquerías que asomaban entre bosques de laureles y limoneros, como tórtolas adormidas en el follaje; mas puro aquel cielo azul y trasparente, y más perfumada la brisa que, susurrante, venía á estrecharse á sus pies como trayéndole la despedida del encantado eden cuyas puertas jamás volverán á abrirse para él. Una venda de fuego oprimió sus sienes; en su pecho estalló la llama de un volcan que, abrasándole la garganta, brotó al fin por los ojos convertida en llanto y quemando sus párpados como gotas de plomo derretido. Un profundo suspiro salió de sus labios; en él se encerraba todo un mundo de dolores; era el gemido del hombre que se ve arrancado de la casa donde vio la luz primera, del desterrado que veía desaparecer en el horizonte las montañas de su patria; el llanto del Rey que mira en un instante trocados su cetro y corona por el cayado del mendigo; era, en fin, el lamento lúgubre, aterrador, de todo un pueblo que contempla hundidos en la nada siglos de lucha, y eclipsados sus días de gloria por la lóbrega y oscura nube que se levanta envolviendo su porvenir; nube por entre la cual ya podría columbrar de vez en cuando el rojo fulgor de las hogueras inquisitoriales á donde habían de ir á parar todas sus grandezas, cuyo fuego había de abrasar tantos y tantos laureles.

Boabdil volvió á todos lados sus ojos, preñados de lágrimas, y como si estuviese decretado que su dolor no encontrase consuelo, topóse con el rostro iracundo de la Sultana su madre, que con voz irónica: «¡Llora, le dijo; llora, imbécil, llora tu pérdida como miserable mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre!»

«¡Ay mi Granada!» fué la contestación del pobre destronado; los sollozos le impidieron continuar.

En aquel momento un extraño rumor de músicas y atambores llegó en alas del viento á sus oídos: era que los Reyes Católicos hacían su entrada triunfal en la ciudad conquistada.

Boabdil y los suyos lo comprendieron, y se alejaron en silencio.

El África volvía á recibir en su seno á los vastagos degenerados de aquellos guerreros que, con el Corán en una mano y el alfange en la otra, hacía siete siglos habían destrozado el imperio godo en las orillas del Guadalete.

Así concluyó en España la dominación árabe; tal fué el desenlace del terrible drama escrito con sangre de héroes, y que viene á probar que el esfuerzo español es siempre el mismo cuando se trata de atacar su Religión, su patria y sus libertades; bien se hayan llamado sus enemigos Anibal ó Scipion, Almanzor ó Bonaparte.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

A UNOS PENSAMIENTOS.

(A Maria.)

Vergel fué vuestra cuna,
Y, más digno lugar, niña hechicera,
Os brindó en su luciente cabellera.
De la cándida niña,
Virgen aroma cuanto coge toma,
Y vuestro cáliz se llenó de aroma.
Os merecí sin mereceros, loco
Mil y mil veces os besé... ¿qué mucho
Que tal hiciera si al tocaros toco
¡Algo! del ángel cuya voz escucho,
¡Algo! del ángel cuya imagen veo,
Risueña siempre, siempre en mi deseo?
El aroma prestado
En mis labios su esencia ha derramado.
Mas ¡ah! si el que al sol mira,
Con mirada tenaz, al fin suspira
Por la luz que perdió: ¿cuál el tormento
Del que, á ese sol, ufano,
Ave que por alfombra tiene al viento,
Tocar pudiera con curiosa mano;
Levantándola al par que el pensamiento?..
Os concedió la suerte,
Con delicado aroma, tanta vida,
Que el exceso de vida os dió la muerte.
Y el aroma logrado
En mis labios su esencia ha derramado,
Y en mi pecho una llama,
Sombra y luz, dicha y duelo,
Que tan solo comprende al que bien ama.
La sombra es el anhelo;
La luz sueño de gloria
Que con sonrisa de placer del cielo,
Una página escribe en nuestra historia:
Vuestra desgracia fué vuestra ventura,
Y, si orgullosos en el rizo pulcro,

En despojos trocados os contemplo
 Flor y recuerdo, vuestro encanto dura,
 Mi corazon, para la flor sepulcro,
 Para el recuerdo del amor es templo.

PEDRO MARIA BARRERA.

1865.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

III.

En las páginas de la historia de la idiota María, hay un tomo de reflexiones filosóficas que hemos suprimido, por relatar mas brevemente lo que puede interesar á nuestros lectores.

Empezamos este relato por cualquiera de sus páginas; todas son interesantes y tristes; pero todas son una escelente leccion contra los corazones duros que llaman *idiotismo* á la buena fé, y atormentan la inocencia con la soberbia y la crueldad.

Entre la sencillez y el idiotismo existe una distancia tan inmensa, que solo puede medirla Dios. En cuanto á los hombres, la calificacion de *idiota* es un nombre muy fácil con que bautizan siempre al que no juega con ellos la vida del artificio y el engaño, ó al que camina modesto y retirado. sin aspiraciones ni deseos.

Mucho podriamos decir de este tipo, que el sabio y elegante mundo ridiculiza y que suele ser á veces un espejo de virtudes y humildad de donde pudiéramos tomar las más sabias lecciones los que vendemos el corazon por oropel engañoso, ó la tranquilidad de la conciencia por un goce efímero y deleznable; pero nos hemos propuesto hablar de María y empezamos hojeando las páginas del padre Alberto.

«En una tarde nebulosa de las últimas de Setiembre, de esas que empiezan á ser oscuras como la tristeza, y cortas como domingo de asueto para un colegial, se dirigia á un caserío, cerca de Alfacar, un pobre viejo, agobiado por los años, y estremado por la miseria y el hambre más espantosa.

Á la entrada del caserío, y cerca del gigante porton que daba paso á los sembrados, jugaban amigablemente á las cartas tres hermosos mancebos sobre una ancha piedra azul, sirviéndoles de mesa, mientras se hallaban sentados cómodamente en unos grandes costales que el aperador de la casa habia

descargado hacia poco, de una recua de mulos como camellos.

—Échalas tú, Aurelio, dijo el que se hallaba sentado á la derecha, y aludiendo á las cartas que barajaba.

Tú que has estudiado en la villa y corte de Madrid entenderás mejor esa baraunda. Mira que queremos saber esta tarde nuestra suerte.

—Pues yo os la diré en un verbo, respondió el interpelado sonriendo tristemente y mirando con sus rasgados ojos negros á los dos amigos, que esperaban de sus labios la decision de su porvenir; entretanto que barajaba las cartas con cuidado, nosotros haremos una ligera reseña de los tres mancebos que vamos á presentar á nuestros lectores.

Aurelio era el más interesante sin duda.

Tenia la esbeltez y elegancia del lirio, y la blancura y palidez de la azucena.

Sobre su frente, que no era grande, pero si despejada y hermosa, nacian unos negros cabellos brillantes como el paño de seda que vestian antiguamente tollés nuestras, elegantes abuelas.

Los ojos de Aurelio tenian una espresion triste, que hacian querer adivinar al que los miraba lo que habia detrás de aquellos fanales hermosos, más dispuestos siempre al dolor que á la alegría.

Pero lo más hermoso del semblante de este mancebo era la honradez y franqueza que se retrataba en él, y una boca que nunca mentia, y siempre estaba dispuesta á prodigar palabras de consuelo.

Por eso sonreia con amargura á sus amigos al querer que les dijese su porvenir; pues incrédulo en todo lo que era felicidad en el mundo, se compadecía de los ilusos, que fundaban su bienestar en una bagatela, ó en un idolo que se miraba destruido por el incidente más pequeño de la vida.

Aunque con pocos años, habia comprendido que solo hay una felicidad estable en la existencia; el bien que se proporciona á nuestros hermanos.

Lo demás, todo era para él relativo y casi indiferente, y nunca brincaba de gozo con sus amigos, ni salia de su meditacion sino cuando la voz de la caridad le llamaba.

Sin embargo, una mujer, que en nada de sus virtudes le parecia, habia logrado dominarle de una manera que le avergonzaba, no porque él, como muchos otros, anatematizase al sexo débil, y le tuviese en poco, sino porque conocia que habia ido á de-

postrar la esencia de su alma en un erial infecundo, en vez de llevarla á un vergel de flores.

Pero hay amores que se idolatran y se detestan á la vez, y el suyo llevaba esa mancha extraña que hacia la desgracia de su existencia, y le condenaba á argüirse de continuo por su mala eleccion, concluyendo siempre por decir:—¡Es tan hermosa!

Aurelio, que era en todo espiritual amaba; como el corsario que dijo:—¡Son tan bonitas! La belleza del rostro y esclavizaba por su físico lleno de perfecciones, que, como la careta de una meretriz, encerraba debajo crueldad y dureza.

Pero él se creía algo disculpado cuando miraba aquel idolo, que tenia más de pagano que de católico, y le encontraba tan bello y tan encantador.

Sin duda meditaba en él en estos instantes, porque casi parecia adormecido, barajando las cartas mientras Cecilio y Andrés estaban impacientes en extremo.

Cecilio tenia el rostro algo vulgar, porque su frente era pequeña, su cara ancha, su estatura poco elevada, y demasida obesidad para un joven; pero, sentado casi resultaba hermoso, porque reía con una boca rosada y pequeña, y enseñaba unos dientes de nácar muy bonitos, y tenia travesura y sagacidad en la mirada, y unos cabellos rubios con tornasoles de topacio que hacian un precioso marco á sus tersas mejillas.

Era hijo de un rico arrendatario, y vestia colores chillones, pero con bastante lujo.

Se ocupaba en el trasiego de la casa, siendo el encargado de vender y comprar á su antojo, y hacer medir y cargar en su presencia los cereales.

Siempre tenia dinero á su placer, y era rumboso como buen andaluz; pero sin que sus promesas quedaran sin efectuarse nunca.

Donde estaba Cecilio, no pagaba nadie.

Donde habia una muchacha bonita, nadie la decia más flores que él, ni ninguno cual él sabia tocar los resortes del corazon de una mujer con su palabrería algo libre, pero graciosa, y su retahíla incansable de piropos y retruécanos.

En cuanto á Andrés, era un muchacho linfático que, á tener más espresion en la fisonomía, se le hubiera dado el titulo de buen mozo y simpático á la vez; pero la flojedad de sus movimientos, su languidez al andar, su amor al reposo, sus formas poco enérgicas, su vista fria é indiferente, hacian esclamar á primera vista: ¡Si no fuera tan apático! ¡Si no fuera tan soso! ¡Si no fuera tan frio!

Parecia tan grueso como Cecilio; pero no lo era en realidad, porque sus carnes tenian toda la flojedad y abandono de su temperamento glacial.

Hasta sus cabellos rubios caian lacios sobre sus sienes y parte de sus redondas mejillas, sin que apenas alzase las manos para levantarlas, pero con su dejadez y todo, era un muchachon de agradable fisonomía.

Su padre, que era bastante rico, le habia enviado á estudiar al Sacro Monte de Granada; pero no tenia teson el pobrecillo, ni mucha voluntad de dejar la cama para tomar los libros, sin que estuviese la falta en él, porque era desmemoriado y distraido como un inglés, y conocia que, aunque matase su cabeza años y años, no habia nacido para organizar ideas, ni retener las ajenas tampoco.

Con menos motivo concebiria concepciones brillantes para su carrera, ni podria dedicarse á un trabajo mental que necesita la energia de un hombre de otra fibra más fuerte y emprendedora.

Por no molestarse, ni aun amar de veras sabia; pues apenas encontraba la escollo ó una duda, y aun á veces un inconveniente pequeño, cuando decia, sentándose con mucho aplomo á fumarse un puro.

—¡Eh! ¡no vale la pena de sofocarse!

Á pesar de la diferencia de caractéres, estos tres jóvenes se querian mucho y habia uno de ellos que dominaba á los otros dos sin apercibirse de ello.

Este era Aurelio, que tenia en su sonrisa melancólica, en su nobleza natural y su mirada tan fija como penetrante, cierto poder superior y cierta majestad que subyugaba.

Era un estudiante aprovechado en extremo, que tenia loco de gozo á su padre con sus muchos adelantos, y el honroso porvenir que prometia su aplicacion y virtudes singulares.

Todas las mañanas iba el joven á la ciudad en una bonita tartana, y despues de asistir á clase volvia al caserio donde habia nacido, y donde sus padres habian pasado felices la vida.

Acaso hubiera sido mejor que Aurelio no saliese de sus valles nunca, ni viese más que los floridos campos donde corrió de niño, ni bebiese otra agua que la de la celebrada fuente de Alfacar, ni tuviese otros recreos que la deliciosa vega, con sus sembrados y sus flores, y sus alamedas y sus rios; pues no

sabemos si el trato de las ciudades, ó su natural melancólico y sombrío, habian producido en su alma una especie de nostalgia temible, que le hacia conmover todas sus fibras á cada momento, sin que dejase apercibir estas emociones á la generalidad de los seres, pero otra persona sensible como él lo hubiera comprendido, en la rapidez de su color pálido á las tintas moradas y verdes, que á veces se sucedian en sus mejillas, como los cristales de un poliorama de máquina.

Así es, que era bastante indiferente el gozo y la alegría; pero siempre le podia llamar su amigo el dolor.

Todos los seres desgraciados, tenian interés á sus ojos. Todas las almas sensibles le podian buscar seguros de hallarle.

Por eso cuando vió llegar el mendigo que hemos visto hace poco, agobiado de hambre y cansancio, su rostro se puso aun más pálido que de costumbre, y alargó unas monedas á aquella sucia y rugosa mano que le tendian.

El anciano miró al jóven con reconocimiento, y despues de decir una oracion alzó la vista al cielo, y dijo con ternura: ¡Padre mio, bendecidle, como yo le bendigo!

Aurelio le oyó, y bajó los ojos como si no hubiese comprendido aquella alabanza y aquella bendicion tan llena de entusiasmo.

Sus amigos no repararon apenas en el pobre ni en las palabras de agradecimiento salidas de sus labios; pero impacientes porque les habia interrumpido volvieron á decir á Aurelio, medio enfadados:

—¿Echas ó no las cartas?

—¡Voy allá, loquillos! respondió este sonriendo con ternura á sus amigos. Voy allá, ya que os gustan las supercherias y las mentiras que os voy á decir.

—¡No, no! mentiras no queremos, queremos pronósticos.

—Y yo os los daré cumplidos, á pesar que hubiera querido dejase de existir Jacquemin Gringonneur antes que por distraer á Carlos VI inventase estas perversas figuras, que han perdido tantos hombres, y han hecho la destruccion y la ruina de tantas casas y tantas familias poderosísimas.

—¿Y si tanto aborreces este recreo, por qué has aprendido suertes tan bonitas?

—Porque agradaban á una morena, cuyos ojos me encantaban á mí. Siempre queria saber su suerte

futura, y tenia una impaciencia casi de fiebre porque yo la dijese su porvenir.

Para aquietar esta monomania empecé á estudiar la nigromancia al par del latin, y me dió buen resultado; pues cada vez que sentados los dos junto á un velador lleno de flores, cuyos perfumes nos embriagaban, mezclándose en nuestra pasion, adivinaba yo algo de lo que la habia sucedido ó le podia suceder, me valia una mirada de tan ardiente ternura, que sin ser yo poeta, me obligó á escribir una noche sobre una cuartilla de papel que habia allí por casualidad, esta especie de serenata, que á otra noche cantamos bajo sus rejas varios trovadores nocturnos:

Cuando me miras
Con tus luceros
Que resplandecen
Cual reverberos,
Y están radiantes
Por que yo vea
Que son quemantes
Cual una tea,
Sufro agonías,
Sufro temores,
Dudas sombrías,
Fieros dolores;
Que aquesos ojos
Son dos abismos
Llenos de abrojos
Y de guarismos.
Cuando á su altura
Pienso que toco,
Me dá pavora,
Me vuelvo loco.
Porque hay placeres
Que al comprenderlos
Temen los seres
Si han de perderlos.
Y lucha horrible
Luego se empena,
De si es posible
Lo que se sueña.
Aunque me mate,
Yo te lo ruego,
Mírame ingrata
Con ese fuego.

—¡Pues no estabas tú nada de loco, que digamos, por esa morena! exclamó Andrés, echando tranqui-

lamente una bocanada de humo, estraido al escelente habano que tenia en la boca.

Entonces era una morena, ¿eh? Ahora es una rubia la que te trae loco. Mudas de colores más que un diplomático.

Bien es verdad que, en siendo una muchacha bonita, el color es lo de menos: yo he visto quererlas con locura; verdes, amarillas, y hasta de color de pepinillo en vinagre; y aun he visto más: estar medio trastornado todo un hombre de letras por una hija de la Guinea, más negra que un cisco, y con una bocaza, donde no faltaba más que un cancerbero pintado para creer que aquello era la puerta del infierno.

—Los hombres somos caprichosos; dijo Cecilio con indiferencia, arreglándose el cabello y echándola de *fashionable*.

—Vamos á ver, interrumpió Aurelio; ya está la baraja hecha doce montones.

En el primero, teneis todos los padecimientos que os pueden atacar en la vida, la duracion de ella, y las costumbres y vicios que tengais.

En el segundo, el gran fortunon ó la miseria más absoluta.

Y así sucesivamente; los honores, las distinciones, los parentescos, las prisiones, los duelos, los amores.

—¡Eh! alto ahí, exclamó Cecilio pegando un fuerte puñetazo en la mesa: lo último es lo que deseo saber.

—Pues te lo diré mejor que pudiera hacerlo el renombrado Etteilla. Tanto sé yo de vaticinios como el primero.

—¡Eh! atencion, y no pestañear. El libro de los oráculos está en estas cuarenta y ocho cartas, y ellas van hablar como sábias profetisas; pero ¡no! no las quiero echar así; porque este es el manejo de las brujas y las gitanas. Estos son los egipcios en este punto.

¡Vamos á ver, Cecilio, pide lo que quieras!

—Yo pido ver realizadas mis aspiraciones con una mujer que adoro.

—Y nada sabíamos ¿eh? dijo Andrés golpeándole el hombro.

—Ni lo sabreis jamás, dijo inmutándose de repente Cecilio.

—Respetá su secreto, Andrés; exclamó con seriedad Aurelio. Es una prueba de caballerosidad y nobleza no revelar nunca el nombre de una mujer.

La publicidad es la muerte de los amores.

Aquí está tu carta, Cecilio. Cinco de oros, al derecho, significa luchas amorosas, encuentros muy placenteros, escenas nocturnas, matrimonios felices y dicha no interrumpida.

—¡Bien! ¡Bien por tus pronósticos! dijo Cecilio palmoteando con alegría.

—¡Aguarda, loco, aguarda! es necesario ver la carta que le sigue. ¡El gozo en el pozo, amigo mio!

Esta sota de oros que ves al lado del cinco, destruye la pureza de tu felicidad, como un desengaño la floresta de una esperanza lisonjera.

¡Mira! aquí está el arcano!... la sota de oros al revés indica una pasión llena de peligros y azares, y nunca bendecido por los lazos del himeneo.

—Pues vaya una pedrada que me das con eso; ¡mejor si no me caso nunca!

—Es que el pronóstico dice que sufrirás muchos azares y disgustos para lograr alguna satisfaccion.

—¡Eso no me acomoda! dijo Cecilio enfadándose con su suerte. ¡Vamos, échalas otra vez!

—¡Eso no sirve, hombre!

—¡Pues yo quiero que sirva! En algo hemos de pasar la tarde. Ni siquiera una aldeanita pasa por ahí, y está el camino que da un susto al miedo con su soledad.

—¡Pues vaya! Ya está barajado; cortad.

¡Mira si te busca el metal! Antes la sota, y ahora el rey de oros; siempre igual palo para ti. Vas á ser más rico que Cresso, á lo que parece; pero esta carta viene al revés, y me da mala espina.

—¡Vamós, está visto! no te acompaña la suerte en amores; porque este rey se ostenta pegado como una ostra al nueve de oros al revés, y esto indica que una mujer te engañará pérfidamente, te venderá, te escarnecerá y se reirá de ti como de un mico.

—Aurelio, dejemos la baraja, porque ya me has puesto de mal humor.

—Pero, ¿te pones serio de verdad, Cecilio? ¿Has creído en estas supercherias, en este pasatiempo lleno de mentiras y disparates?

—¡No! pero, aunque sea chanza, no me gusta que contrarién mis caprichos.

—Entonces, ¿por qué insistías en saber tu suerte?

—Porque siempre se cree escuchar cosas favorables.

—Hé ahí el tema del género humano entero: buscar en la mentira el goce, y en los sueños la realidad.

—Si es así, soñemos, dijo Cecilio. Por eso me gusta aturdirme, hacer mi voluntad siempre, y engañar antes que me engañen.

—Ese es un mal, Cecilio. Los goces comprados con remordimientos, no sirven, contestó Aurelio con nobleza.

—Es que á mí, en punto á amores, nunca me remuerde la conciencia. Creo que entre dos que se quieren, el que engaña más, saca la mejor parte.

—Pero..... si causa lágrimas, si destroza un corazón, si hace infeliz una existencia, ¿cómo puede saborear su ventura?

—¡Ah! ¡Riete de esos bonitos cocodrilos que lloran cuando quieren!

Es que las lágrimas, insistió Aurelio, siempre son sagradas á mis ojos, y una mujer que llora, si es mala, me parece una Magdalena que se arrepiente, y si es buena, una dolorosa que vierte su llanto por la humanidad.

—Eres demasiado bueno, amigo mío, dijo Andrés, mudo espectador hasta entonces de aquella escena. Corre con el siglo, Aurelio; no tengas corazón, no tengas ni aun idea siquiera de nada bello y virtuoso, y verás como te aplaude el mundo y te disputan las mujeres. Yo estoy con Cecilio. ¡Son falsas, muy falsas! Tan fácil debe ser quererlas como dejarlas.

—Veo que habeis bebido los dos de la ponzoña del siglo: en el poco tiempo que hemos estado ausentes los tres, os desconozco, amigos míos, os desconozco!

—¡Toma! dijo Cecilio, estirando su corto y grueso cuello, y marcando sus palabras, como pudiera hacerlo *Mirabeau*, tratándose de la salvación ó perdición de la Francia.

Yo amo á las mujeres porque son bonitas; pero nunca las perdono el mal terreno donde han colocado á los hombres en las más grandes situaciones de la vida.

Ellas han sido causa de la perdición de los reinos, de las bastardías de los reyes, de las derrotas de los emperadores, y de todas las desgracias de los hombres.

Desde la madre Eva, primera serpiente con cara de ángel, hasta la mogigata Florinda que perdió al rey godo, todas se parecen, como una estrella á otra estrella, y todas son de la piel de Barrabás.

Una perdió á Troya; otra al Peleponeso con su sangrienta guerra, traó atizó la del Asia.

Otra hizo matar á los Frigialenses y á los Sancios

en rudas batallas; y otra, en fin, hizo rodar por los suelos la honra del gigante César de Alejandría.

Salomón, David, Anibal, Alejandro, todos han sido engañados por ellas como chiquillos, y luego, ¿qué partido tomar? ¿quién pelea con ellas? Si tienen unas manos que parecen manojos de azucenas.

—¿Quién te ha enseñado tanta perversa erudición? exclamó Aurelio, mirando con amargura á su amigo.

Mejor hicieras de leer la vida de la Virgen, los Mártires del cristianismo, las religiosas del Líbano, del Monte Carmelo, y tantos otros que con sus virtudes y heroísmo asombraron el mundo.

Si algun hombre es bueno y piadoso, es por que ha formado su corazón una mujer; por que ha tenido una madre llena de virtudes.

¿Quién si no ella hace la señal de la cruz en nuestra frente cuando dormimos en la cuna?

¿Quién nos enseña á saber lo que es esa cruz y lo que es la religion bendita?

¿Quién nos hace más tarde enarbolarse el estandarte de la fé, y tener esas santas creencias, que nos dá á beber cuidadosa al propio tiempo que los manantiales de su pecho?

La mujer buena es una santa, cuya abnegación y virtudes no comprendemos los hombres jamás; porque no tenemos su heroísmo, su pureza y su sacrificio.

¡Miradla! exclamó de repente Aurelio, interrumpiendo la vehemencia de su discurso: ¡miradla!

Allí viene la mujer bendita que vosotros no comprendéis, y que Dios ha lanzado á este mundo para enseñarnos á ser piadosos y buenos.

—Los dos amigos de Aurelio volvieron el rostro hácia donde señalaba este, y lanzaron una estrepitosa carcajada.—¡Mariquilla la Idiota! dijeron sin cesar de reír. Vaya un tipo *garboso* que nos presenta. ¡Vaya una muchacha gallarda que seria esa para madre de vuestros hijos.

—No, esa mujer no será nunca la esposa de nadie, porque ha nacido para ser esposa de Dios y hermana de la Caridad mientras ande por el mundo, dijo Aurelio con cierta solemnidad.

La niña entretanto se fué acercando hácia el grupo, cuya hilaridad habia despertado, con una humildad y modestia que enternecía.

Entonces tendria la *Idiota* unos quince años, y ya la muerte descarnaba su pálida sien, blanca y pura como el pétalo de una rosa.

Para un alma poética y sensible, nada puede darse entonces más bello que María.

Tenia esa palidez mortal que pone el rostro nacarado, y ese brillo de máfil en la frente que hace una mujer delicada, una llorosa Virgen de Foligno, ó una imágen dolorida del cincel de Cánova.

Porque la angustia de esta niña era resignada, como la de María cuando siguió al Gólgota á su Hijo.

Porque tenia toda la resignacion de Job, y la valentía de San Juan en los martirios.

Nunca lanzó una queja la pobre María. Solo un grito de dolor se la oyó en su vida; pero no anticipamos este suceso antes de acabar de pintar á María.....

IV.

Aquella tarde estaba el rostro de la Idiota como paralizado por una rigidez nerviosa, que solia atacarle, cuando sufría mucho, pero que jamás se exhalaba en gemidos, ni en impaciencia, ni postracion.

Su mirada era tan dulce como melancólica, su andar más pausado que otras veces, no solo porque de día en día se estinguía su sér, sino porque traía un niño de la mano, miserablemente vestido, á quien prodigaba caricias, pasando de vez en cuando su mano descarnada por aquella cabecita infantil, y tomándole en brazos á pesar de su debilidad, cuando el niño lloraba ó se cansaba mucho.

—¿De quién es ese muchacho que trae la Idiota? preguntó Andrés riendo todavía, de la sublimidad de Aurelio al hablar de aquella criatura que todos apostrofaban con el mote de *imbécil*.

—¡Oh! ese niño ha sido recogido por María de una cueva donde se hallaba abandonado.

Es una historia muy triste por cierto.

En esa cueva vivía un bandido, que por las noches iba á la ciudad, á hacer sus robos y correrías, volviendo á la mañana siguiente con su botín.

Este bendito tenia una mujer, cuyo semblante se asemejaba al de Santa Rita, que sufría estraordinariamente con la vida horrible que llevaba su marido; pero como buena mujer, no era posible denunciarse á los tribunales, ni menos rompiese los lazos que le unían á él, yéndose de su lado para siempre.

En esta alternativa dolorosa, pasaba aquella infeliz noches eternas, oyendo silbar los vientos ó rugir la tempestad, y pidiéndole á Dios que su marido no cometiese ningun crimen en su vida licenciosa y ter-

rible. Además rogaba á la Virgen, que antes muriese mil veces un hijo que tenía en los brazos, que saliese tan malvado como su padre.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda estacionada ya, nos ofrece pocas innovaciones; pero entre ellas es notable una graciosísima novedad que no debemos pasar por alto. Se trata de la casaca corta y cimbreada, acompañada de la pequeña capucha redonda, y no nos habíamos ocupado de ella sino brevemente, considerando se adoptaría solamente para baños de mar, y que en este concepto se nos ofrecería la ocasion de estendernos sobre este asunto. Nos hemos equivocado completamente, puesto que dicha vestimenta se lleva tambien en la ciudad, donde por cierto produce maravilloso efecto.

Apresurémonos, no obstante, á decir que para aceptar semejante fantasía es condicion indispensable tener los hombros bajos y ser poco gruesa, pues de lo contrario presenta un aire embarazado que quita toda la elegancia. Establecida esta escepcion, diremos que estos encantadores paletots ó casacas, como quieran llamarse, se ejecutan en alpaca, en mohair, en linós, ó en Sultana; por fin, en telas de fantasía. Lo aconsejamos en color muy claro, gris plata ó azul celeste, si no se quiere abordar el blanco, que es lo más lindo. Se forra en tafetan de color claro, pero sobresaliente, como, por ejemplo, azul con blanco, y blanco ó gris con azul, paja, rosa, ó cereza, y se adorna en el mismo género que el vestido, añadiéndole cordones de pasamanería, acompañados de borlas en la capucha. Para baños de mar ó para las aguas, se hacen de fantasía, blancos ó encarnados con bordados de encaje, desplegando en ellos inusitado lujo.

Decididamente volvemos á las lencerías espléndidas; el furor de las enaguas de color perjudicaba á las blancas, que toman este año la revancha. Los tradicionales volantes encañonados solo son admitidos para gran *negligé*, en tanto que las enaguas de vestir son magníficas, con encajes y pliegues recordados por entredoses.

Para corselillos, mangas y cuellos se mezcla la tela con guipure, y hace un efecto maravilloso. Frecuentemente se pasa una cinta de color ó un terciopelo negro bajo el borde de las mangas y cuellos, sin tener presente que para afrontar una cinta sobre el puño, es necesario poscer una mano de belleza y blancura escepcional; pues manos que sin este requisito pasarian desapercibidas con un puño sencillo, aparecen desgraciadas por descuidar esta observacion.

¿Ver si nuestras elegantes conforman su gusto con el nuestro en los siguientes trajes:

Uno de linós gris plata con tres encañonados en el bajo de la falda, de tafetan azul cielo, cada uno de la anchura de dos centímetros nada más, y separados por entredoses de guipure de igual anchura. El cuerpo es alto con el mismo adorno en la parte baja de las mangas y en las sisas, y el cinturón largo lleva el final de los cabos compuesto de encañonados y encajes. Va acompañado este traje de la casaca igual hendidada por detrás, y muy abierta por delante, sobre un chaleco *padre noble* de tafetan azul, guarnecido de entredoses. El sombrero se compone de un ala pequeña en paja de arroz, y un fondo imperceptible en tul de ilusion, del cual pende una larga rama de miosotis. Un largo velo de tul blanco termina este conjunto.

El segundo traje; más severo, es de foulard de la India, violeta de los bosques, sembrado de florecillas blancas. Guarnecen la costura de cada paño dos terciopelos violeta bordeados de un pequeño guipure blanco, y colocados á ligera distancia uno de otro. Detiéndense á veinte centímetros del bajo de la falda, terminados por una concha de guipure con doble cabo de terciopelo. El cuerpo es alto á cintura redonda cubierta de guipure, y cerrada con un broche de plata, y las mangas tienen vuelta de guipure. Digan lo que quieran con respecto á que no se llevan sino vestimentas sin mangas, el traje descrito se completa con un gracioso y reducido camail en foulard, igual todo, forrado de tafetan blanco, y espléndidamente adornado de guipures blancos, y distinguiéndose de los modelos ordinarios por una adorable capucha *bonne femme* pequeña, y que parece huyendo entre el guipure. Con este traje solo puede admitirse el sombrero imperio en paja de arroz, con tira de guipure sobre cinta violeta y corona de violetas dispuesta sobre el ala. Citemos, por último, uno en muselina blanca sobre tafetan azul cielo, con

tres entredoses de guipure Cluny en el bajo de la falda, y otros tres sobre los hombros formados por iguales entredoses con bullones de muselina en medio. La casaca igual va rodeada del mismo adorno, con la diferencia de ser dos en vez de tres los entredoses, y los hombros la mitad menos grandes. Igual repetición en las sisas y bajo de las mangas. Para complemento, un sombrero todo de tul blanco, con lluvia de lirios.

Volvemos decididamente á las flores que destronan los relumbrones, y nos felicitamos por ello.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIFURIN.

Primera figura. Vestido de foulard, sembrado de florecitas menudas; en el bajo va adornado con una tira de tafetan verde, encañonada, que figura ondas, y en el extremo de estas, rosetones y roscas enlazadas. Camiseta de nansouk, adornada con entredoses de guipur. Cinturón verde, con largas caídas que se prolongan por detrás, terminando en un cuadro de pasamanería rodeado de fleco. Prendido de guipur, terciopelo y flores.

Segunda figura. Vestido de tafetan, color de lila, adornado en el bajo por conchas de encaje. Segunda falda de tul, terminada por una blonda de guipur y tres entredoses encima. Va recogida en el lado derecho por una tira formada de grupos de cinta lila. Cinturón de tafetan, cuerpo blanco, adornado de encaje, rotonda de imitación de guipur. Prendido de blonda y cintas.

Tercera figura. Vestido de alpaca blanco, con listas encarnadas, cuerpo escotado, muy bajo, y manga corta. Cinturón grana con hebilla; camiseta suiza de nansouk, y listones de cinta encarnada, sujetando el cabello.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geayuntamiento de Madrid.

